

Integración escolar

JULIO ALMEIDA*

Algunos consideran, o consideraban, que conviene distinguir a priori a los alumnos en buenos y malos, distribuirlos por principio en clases especiales que acentuarán desde luego diferencias que se apuntan o se suponen. Contra las clases de malos ya previno Durkheim. Hoy denominamos con eufemismo Educación Especial a la especialidad de Magisterio que prepara a maestros/as que se ocuparán de niños especiales, es decir, de quienes padecen alguna discapacidad (calco del ingl. disabled, dice el Diccionario). Con esas personitas que tienen “impedida o entorpecida alguna de sus actividades cotidianas consideradas normales, por alteración de sus funciones intelectuales o físicas”, ¿qué

debemos hacer: apartarlas o integrarlas? Después de mucho tiempo de segregación y apartamiento, algunos entendemos que esos niños especiales deben integrarse todo lo posible en las aulas con los normales, es decir, no diagnosticados de nada.

Es la investigación que ha emprendido la Fundación Belén con el propósito de mejorar, no ya la integración de quienes padecen alguna minusvalía o discapacidad, sino más todavía: “Se trata de resaltar de forma muy positiva el enriquecimiento personal, humano, vital que los jóvenes pueden encontrar en el trato con otros con dificultades extremas o leves, por su forma de encarar la vida, por su grado de aceptación del sufrimiento, por su

* Catedrático E.U. de Sociología. Universidad de Córdoba.

coraje en superar dificultades”. El propósito no puede ser más noble, porque educar no consiste meramente en convertir en caballeros a los hijos de los caballeros, como dicen en Oxford o en Cambridge; tampoco se trata de cocinar a los escolares que ya vienen precocinados de su casa (como esas barras de pan, ya medio hechas, que hoy vemos hornear un poco en la tienda), sino de optimizar el trabajo docente, trabajo a veces difícil porque no siempre chicos y padres están por la labor. Antes esto era más difícil porque las clases eran numerosas; pero hoy, en clases de veintitantos, la famosa educación personalizada es posible. Se trata en suma de cumplir lo que ordena el viejo Platón al comenzar el libro VII de las Leyes: “Es absolutamente preciso que la educación recta se muestre capaz de dar la máxima belleza y excelencia posibles a los cuerpos y a las almas”.

El estudio a que aludo se titula La percepción de los jóvenes ante la discapacidad, se ciñe a alumnos de 3º y 4º de institutos de ESO (educación secundaria obligatoria) de la Comunidad de Madrid, amén de tres colegios privados de la capital. La edad es clave en la configuración de la personalidad: son los 14, 15 y 16 años, cuando uno empieza a ser sí mismo y a preguntarse de veras *Quod vitae sectabor iter?* Como Ausonio y Descartes, pero no en latín, ahora prohibido a esa edad en España, recuerda Adrados. Se ha entrevistado a 640 alumnos de 34 institutos entre un universo de 48.500 alumnos, que no son pocos. He tenido acceso al minucioso estudio y quiero destacar algunas averiguaciones. Por lo pronto, el 86,9 por ciento de la totalidad, declaran haber pensado en la discapacidad, aun no conociendo a ninguna persona discapacitada. Ya son bastantes. Piensan más los mayores: 83,7 por ciento en 3º de ESO, 91,1 en 4º. Y más las chicas: 8,9 por ciento los varones, 92,2 las

féminas. Si las mujeres maduran un poco antes que los varones, he aquí una demostración de madurez; en fin, el alumno privado está aún más concienciado, hasta alcanzar el 97,8 por ciento, que es casi la totalidad.

Pero en los centros privados encuestados no hay alumnos discapacitados, dato elocuente si sabemos escuchar. La enseñanza privada, tan legítima cuando no se financia con dinero público, se ha (des)naturalizado en España, porque ha crecido sin mesura al amparo de una escuela pública deficiente: deficiente en cantidad (en 1950 todavía íbamos a la escuela la mitad de los españolitos) y además descalificada, capitidismínuida por algunas clases medias y altas que, no queriendo ver a su progenie mezclada con la gente humilde, buscan refugio en la privada. Comenzando el proceso de fuga, resulta deficientemente reversible, y por desgracia no faltan maestros y profesores de instituto que separan a sus nobles hijos de la plebe de sus alumnos. ¡Oh lógica social esquizofrénica, oh calidad buscada e impedida! En el origen de Hispania, a principios del siglo II a. C., Ampurias, colonia fundada por los griegos, estaba formada por dos poblaciones separadas por una muralla (Tito Livio dixit). “Una estaba habitada por griegos oriundos de Focea como los masilienses, y la otra por hispanos”. Ahí estaban los griegos introduciendo entre nuestros antepasados el vino y el aceite, las escuelas y los gimnasios. Leo en Antonio Tovar, en *Iberische Landeskunde*, en el tomo III que la muerte no le dejó poner en alemán (como los dos anteriores): “Fue una ciudad doble (dípolis), separada por una muralla la parte que habitaban los indigentes y la de los griegos, con un recinto común pero dividido...” Y Livio sigue dando cuenta y razón histórica: “La colonia romana que después incorporó el divino César tras la derrota de los hijos de Pompeyo constituyó un

tercer tipo de población; actualmente están todos amalgamados en un solo cuerpo, al haberseles concedido la ciudadanía romana primero a los hispanos y finalmente también a los griegos” (Historia de Roma, XXXIV, 9). La romanización era una cosa muy seria: con el latín común, bajo el derecho romano, los pueblos todos, de Lisboa a Palestina, al norte y al sur del mar Mediterráneo, iban quedando romanizados y helenizados; el cristianismo se difundió después. Y esta es siempre la cuestión, la gran cuestión histórica y social pendiente. El otro —griego, hispano, galo, negro, musulmán, gitano y gitana— no es todavía discapacitado psicofísico, pero es el principio de la integración en el intragrupo.

Volviendo al estudio, los varones se sienten bien ayudando a los discapacitados: el 66,7 por ciento; pero ellas los superan con el 73,5. Sea como fuere —naturaleza servicial innata o histórica de las mujeres—, las chicas se sienten bien porque “tienen conciencia de hacer el bien”: un 88 por ciento frente al 80 de los varones. Yendo al grano que nos interesa, ante la cuestión “¿Qué ventajas ves a la integración?”, un 33,9 por ciento se decanta por la opción “Es un tipo de ayuda que mejora a quien lo necesita. Se les integra socialmente”; y, lo que es más esperanzador, un 17,5 por ciento habla de incremento de sociabilidad (amistad) entre discapacitados y normales. Más adelante, cuando se les pregunta “¿Para qué sirve tratar con un discapacitado?”, todo un 89,7 por ciento suscribe la respuesta “Saber que hay gente que necesita ayuda”, pero tratándose de opciones abiertas, un 86,7 percibe que se es más consciente de la situación de cada cual, y un 68 por ciento da menos importancia a los pequeños problemas. En esto último ganan ellas a los chicos, lo que “quizá denote —dice el estudio— una cierta conciencia práctica más presente en las chicas que en ellos”. Sí, más sentido de la realidad. Ya dice el viejo

refrán: El hombre de donde ha nacido, la mujer de donde ha vivido.

En definitiva, parece que los escolares están por ayudar, aunque a veces no sepan cómo hacerlo. De paso reflexionan sobre las consecuencias que puede acarrear conducir sin casco o cinturón bajo los efectos del alcohol. Más vale prevenir. El lema de Comte Ver para prever, prever para proveer viene como anillo al dedo. “Ayudar al compañero discapacitado les hace sentir bien, les deja la conciencia tranquila y con una sensación de cumplir con lo que hay que hacer, no les es fácil explicar los sentimientos que les produce esa ayuda, pero saben que tienen que hacerlo, porque cuando no ayudan se sienten peor, con mala conciencia... Es decir, hay sensibilidad en que el que es diferente de la mayoría está en desventaja y que esa mayoría es quien tiene que acortar la diferencia”.

Los antiguos griegos, tan inteligentes como eran, carecían empero de sensibilidad para las discapacidades humanas y quien no tenía un cuerpo bien constituido lo tenía más difícil. Como afirma Tocqueville —frente a Gobineau—, fue el cristianismo el que supuso una revolución moral al haber introducido la idea de la igualdad y la fraternidad humanas (véase El pensamiento político de Tocqueville, de Luis Díez del Corral). Y si nos vamos al origen de la moralidad judeocristiana, “para el primer libro de la Biblia —escribe Olegario González de Cardedal en el número 121 de Cuenta y Razón—, el hombre es aquel que tiene que cuidar de su hermano”. ¿Qué importa que seamos distintos? La desigualdad entre los humanos (los hombres no son iguales, dice Nietzsche en el Zaratustra) no tiene que subrayarse en la escuela ni en el instituto, ni estorba al derecho político establecido en el artículo 14 de la Constitución: “Los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación

alguna por razón de nacimiento, raza, sexo...”
No hay contradicción.

Aristóteles enseñó para siempre en su *Ética a Nicómano* que “el que es verdaderamente bueno y prudente soporta dignamente todas las vicisitudes de la fortuna y obra de la mejor manera posible en sus circunstancias, del mismo modo que el buen general saca del ejército de que dispone el mejor partido posible para la guerra, y el buen zapatero hace con el cuero que se le da el mejor calzado posible, y de la misma manera todos los demás artífices” (1101 a.). Y san Pablo es sumamente preciso también cuando dice que los dones son variados, pero el Espíritu el mismo. “La manifestación particular del Espíritu se le da a cada uno para el bien común. A uno, por ejemplo, mediante el Espíritu, se le dan palabras acertadas; a otro, palabras sabias, conforme al mismo Espíritu; a un tercero, fe, por obra del mismo Espíritu; a otro, por obra del único Espíritu, dones para curar; a otro, realizar milagros; a otro, un mensaje inspirado; a otro, distinguir inspiraciones; a aquél, hablar diversas lenguas; a otro, traducirlas”. (1 Corintios 12).

Al final, o desde el principio, serán los padres quienes condicionarán la experiencia de integrar o segregar. En Francia la llegada masiva de magrebíes hace que algunos padres trasladen a sus hijos de escuela o de liceo, y, si la ley no lo permite, pueden cambiarse de domicilio. Los magrebíes no son discapacitados, evidentemente, pero son meros otros, a veces poco dispuestos a integrarse. Recuérdese el formidable Informe Coleman (1966): más que la escuela y sus programas, influye o pesa el hogar; los chicos se motivan y trabajan mejor cuando los compañeros proceden de hogares fuertemente motivados. La integración que nos atañe, análogamente, dependerá siempre de los padres; y como por desgracia tienen

muchos hijos únicos, dependen a su vez de sus envalentonados unigénitos y dan sobradas muestras de ansiedad contraproducente. Todo un círculo de problemas que los buenos pedagogos deberán ir resolviendo o sorteando.